

Los campos en la literatura. Reflexiones y ejemplos de la narrativa concentracionaria

JAIME VÁNDOR

Es éste un tema nada fácil, y no sólo porque cada vez son más los libros que se publican sobre él, sino porque (pese a obras tempranas como las documentaciones publicadas por León Poliakov-Joseph Wulf¹ y G. Reitlinger² a partir de los años cincuenta, *Der SS-Staat*, de Eugen Kogon, *Poder sin moral—Historia de las SS*, de Reimund Schnabel³ o *Konzentrationslager 1896 bis heute. Eine Analyse*, de Andrzej J. Kaminski) los estudios siguen estando en sus inicios y, por otra parte, es un terreno amplio cuyos límites están lejos de ser determinados. Lo publicado está pronto a llenar bibliotecas enteras, y ya nadie puede pretender estar al tanto de todo lo que aparece: *a*) memorias o testimonios escritos de experiencias vividas, novelas de autores supervivientes o de las generaciones siguientes, así como narrativa de creación/ficción, surgida incluso en países ajenos al escenario implicado, como España y hasta Australia; *b*) estudios históricos, psicológicos, médicos, antropológicos, sociológicos; *c*) estudios monográficos todavía por hacer sobre los campos de arresto locales o de transición, las modalidades de la deportación, las marchas a pie, el transporte ferroviario, la llegada, la selección, etc., *d*) sobre los trabajos en el campo o en las fábricas adyacentes, estatales o privadas, de productos de abastecimiento de todo tipo, incluyendo armas y municiones, *e*) acerca de las diversas clases de campos, de internamiento, *stalags*, de trabajos forzados, de concentración, de exterminio, *f*) sobre el trato distinto dispensado a los internos según su procedencia, diferencias según los presos fueran judíos, gitanos, presos políticos —alemanes o no, y entre los últimos, los republicanos españoles huidos al norte de los Pirineos, privados por Franco de su nacionalidad, capturados y entregados a los alemanes por las autoridades galas colaboracionistas—, homosexuales, testigos de Jehová, sacerdotes católicos o pastores protestantes refractarios al régimen nacionalsocialista, prisioneros de guerra rusos, polacos, lituanos, etc., minusválidos físicos o psíquicos, enfermos hereditarios, *g*) acerca de los experimentos médicos, modalidades de la tortura, los extremadamente variados sistemas de supresión física, los modos de eliminar los cadáveres, etcétera.

En resumen, víctimas que pagaron con su vida el ser enemigos ideológicos pasivos o activos del Tercer Reich, el no alcanzar el nivel de los decretados sanos, o bien el no pertenecer a los que las leyes de la pseudociencia racista consideraban arios. Todo junto, un campo inmenso para la investigación. Y de cada estudio convendría sacar, de ser posible, conclusiones. Sin olvidar que también hay que contar entre las víctimas a los supervivientes, pues demasiado a menudo los textos al hablar de víctimas se refieren exclusivamente a las mortales.

1. L. Poliakov y J. Wulf: *El Tercer Reich y los Judíos. Documentos y estudios del genocidio nazi*, Seix-Barral, Barcelona, 1960.

2. G. Reitlinger: *La solución final*, Barcelona, 1973.

3. E. Kogon: *Sociología de los campos de concentración (Der SS Staat)*, Taurus, Madrid, 1965. Reimund Schnabel: *Poder sin moral—Historia de las SS*, Seix Barral, Barcelona, 1966

Y luego el victimario: desde las SS y los distintos estamentos de la *Wehrmacht*, pasando por ex soldados seleccionados para la represión, ucranianos, rusos, lituanos, etc., hasta criminales comunes, ex presidiarios, y muchos judíos mismos dispuestos a tratar inhumanamente a sus correligionarios o cumplir las órdenes concernientes a la expoliación y eliminación de los cadáveres con tal de salvar su propia piel (los que en la obra de Primo Levi se describen como pertenecientes a la *zona gris*). Añádanse los médicos/as que llevaban a cabo experimentos con sus cobayas humanas, y sus asistentes; así como las celadoras; finalmente la población civil, nuevamente según cada país ocupado por el Tercer Reich, en las cuales éste imponía automáticamente la impunidad para el ejercicio físico del odio.

A la amplitud de los enfoques posibles se añade la ambigüedad de la clasificación. Lo mismo que ciertos países carecen de fronteras geográficas claramente definibles —ríos o montañas—, también aquí nos encontramos con escritos que pueden pertenecer al mismo tiempo a géneros distintos: basta con pensar en algunos de los autores más afamados (P. Levi, Jean Améry, Kertész) para recordar libros en los que se mezclan lo autobiográfico, el estudio analítico y el ensayo, o bien la historia y la ficción —y todo es literatura. Que yo sepa, nadie hasta ahora ha establecido un sistema claro de clasificación, como tampoco nadie puede pretender conocer exhaustivamente en qué punto se hallan los estudios efectuados por la multitud de instituciones de documentación e investigación que por todo el mundo trabaja en este campo, desde Jerusalén hasta Los Ángeles.

Sirva cuanto precede para anticipar que este artículo ni de lejos tiene por objeto tratar la literatura sobre campos de concentración de un modo exhaustivo: se apuntarán autores y obras que nos parecen merecedores de una atención especial, por su calidad o por la particularidad de su enfoque. No se tratará de un estudio, sino de unos comentarios, en parte comparativos. Y tampoco se entrará en un terreno que el autor sólo conoce por referencias: la literatura creada desde la óptica de la doctrina nacionalsocialista que utiliza el término *Konzentrationslager* —ya conocidos los campos de Siberia creados por los bolcheviques—, incluso en la novelística, desde los mismos inicios de la República de Weimar, como su preconización y recomendación, bien sea en este caso para la totalidad masculina del pueblo polaco, en la «Novela del futuro alemán», *Bismarck II*,⁴ del autor, en su día conocido, O. Authenrieth, o en una novela futurista, ya con el título de *Novela de (este) tiempo (Roman der Zeit)*, de H. Blank.⁵

El nacimiento de la literatura del Holocausto se remonta a los años de la Segunda Guerra Mundial, si bien el término «Holocausto» en su sentido actual y más habitual, es decir, para designar las vejaciones y el intento de exterminio de los judíos, no se generalizó hasta mediados de los años sesenta. En las dos décadas anteriores se hablaba de leyes raciales, medidas antisemitas, persecuciones, y partir de la Conferencia de Wannsee (20-01-1942) de lo que el nacionalsocialismo denominó «solución final» (*Endlösung*), eufemismo para exterminio. Luego se utilizaron en los títulos las expresiones «catástrofe», «destrucción» o «genocidio» de los judíos. Cuando realmente se universalizó «Holocausto» fue a raíz de una serie televisiva de la NBC, *The Holocaust* (basada en un guión de Gerald Green, 1978)⁶ y sus repercusiones a favor y en contra en Alemania, donde fue vista y debatida por un 60 % de la población, repercusiones de las que se ocupó la prensa mundial. El término «Holocausto» es combatido por su significado antiguo (sacrificio de un animal en el altar hasta su consunción total por el fuego, un acto que fue religioso) por los puristas judíos, quienes lo sustituyen por *shoá*, palabra hebrea que significa destrucción, desastre, calamidad, catástrofe.

4. O. Authenrieth: *Bismarck II*, 1921.

5. H. Blank: *Roman der Zeit*, 1930.

6. G. Green: *Holocausto*, Plaza y Janés, Barcelona, 1978.

En la duda de si decir Holocausto o *Shoá*, se ha hecho frecuente utilizar Auschwitz como término genérico (así lo ha hecho Enzo Traverso en *La historia desgarrada. Ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales*,⁷ estudio que comentaremos más adelante), lo que a nuestro juicio no hace sino llevar a la confusión al atribuir a la parte el significado de un todo.

El libro que seguramente ha producido el mayor impacto, hasta hoy, dentro de la literatura del Holocausto, es también uno de los más antiguos, el *Diario de Ana Frank*,⁸ al que no vamos a referirnos aquí porque no transcurre en un campo de concentración sino en la famosa buhardilla-escondite de Amsterdam. Por la misma razón omitiremos, con cierto pesar, los textos alusivos a la reclusión en los guetos —narrativa, teatro, poesía— que ha producido obras no menos valiosas que la vida concentracionaria.

La gran mayoría de los libros de memorias que nacen de la experiencia de los campos son de un valor más histórico-documental que literario. Son centenares, quizá miles ya, la mayoría publicados en alemán, francés o inglés. Las razones de los autores para escribir son múltiples. Gran parte de estos libros autobiográficos nacen de la necesidad de dar testimonio, a veces para uso familiar, es decir, para conocimiento de los hijos y nietos, otras para el público, con el fin de que lo vivido, la capacidad de sufrimiento y también la de hacer sufrir, no pasen al olvido; y no puedan, respectivamente, ser negadas por los llamados revisionistas (hay toda una literatura neonazi con la finalidad de convertir hechos probados en infundios).

Algunos de estos libros se escribieron a los pocos años de terminar la guerra, pero son más abundantes los aparecidos a partir de los años setenta y ochenta, cuando el tema volvía a interesar, pues en la posguerra inmediata la gente prefería olvidar, ignorar, con tal de superar el horror de los años vividos. Los supervivientes de los campos —a semejanza de los soldados que regresan del frente o de los campos de prisioneros— preferían mantener silencio sobre sus experiencias: siempre existe el miedo de no ser comprendido, de no saberse expresar debidamente, de cansar a los allegados con el relato de los padecimientos, o bien de hacerles sufrir innecesariamente. Otras veces son los familiares los que prefieren no saber y levantan un muro con un «no te atormentes», «ahora debes olvidar, pasar la página», «piensa en el futuro». Siempre queda la duda —penosa— de si piensan en lo que le conviene a su deudo o se protegen a sí mismos.

A medida que los hechos se alejaban en el tiempo, y que surgían generaciones nuevas ávidas de saber y de comprender lo incomprensible, nacían preguntas que exigían respuesta; por otra parte, los supervivientes sintiéndose envejecer o acercarse a su fin, experimentaban y experimentan la necesidad de transmitir sus vivencias a modo de advertencia para generaciones futuras, o sencillamente para librarse del peso de recuerdos a menudo reprimidos durante décadas. Personas que nunca superaron sus traumas acuden tardíamente a psiquiatras, y el recomendar al paciente que escriba sobre sus experiencias es parte frecuente del tratamiento.

Irán apareciendo más testimonios con el tiempo. Hay textos guardados en bancos o notarías para ser publicados a determinados años a partir del fallecimiento de su autor, sea para proteger a personas vivientes, no recargar con penas pasadas la memoria de familiares o amigos, y también para salvaguardar la propia imagen ante los descendientes. Muchos supervivientes se culpan de haber sobrevivido a los suyos o a los compañeros de reclusión (cargos de conciencia que Semprún afirma no comprender), de «no haber sido solidarios ante la muerte». Personas de fe sufren menos este complejo, ya que la creencia en Dios conlleva la resignación ante la voluntad divina.

En más de un caso, los supervivientes son realmente culpables y han guardado

7. E. Traverso: *La historia desgarrada. Ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales*, Herder, Barcelona, 2000.

8. A. Frank: *Diario*, Plaza y Janés, Barcelona, 1992.

secretos inconfesables todo el resto de su existencia. En este caso el escribir, aunque sea postergando la publicación, puede ser un alivio. Otros escriben para dar sentido a lo sufrido o por considerarlo un deber histórico. Escribir puede ser doloroso, pero también puede ser un placer: el recordar penas pasadas puede aportar una determinada dulzura. Kertész describe en la penúltima página de su *Sin destino*⁹ —y por ello ha sido acerbamente criticado, pero no es el único— que hay momentos en que siente nostalgia de ciertos atardeceres en el *Lager* de Auschwitz.

En cuanto al talento, nada tiene que ver con el motivo incentivador. Partiendo del mismo móvil puede surgir un gran escritor o una perfecta mediocridad. Pero el valor artístico no es el único factor a considerar. Todas las historias contadas son Historia, por tanto documentos, y como tales, valiosos. En más de una ocasión lo relatado es tan estremecedor que interesa no sólo al historiador, sino al lector medio, el cual, incluso cuando es sensible al arte narrativo, agradece la sencillez espontánea, la falta de pretensión artística y la ausencia de todo artificio.

Los libros de memorias que aparecen en Estados Unidos se dirigen preferentemente a un público judío. No así en Alemania, cuya situación moral, con la carga histórica del nacionalsocialismo, es bien particular. La mayoría de los no judíos de la generación del hitlerismo que siguen vivos han sido y son remisos a contar, no sólo lo que hicieron, sino lo que sabían y lo que no, en aquella tenebrosa época. Esa generación mantiene desde hace décadas a las dos, ya casi tres generaciones siguientes en un desasosiego que estimula su curiosidad. Sin olvidar que casi toda la literatura alemana, desde la posguerra hasta hoy, es decir, durante toda la segunda mitad del siglo XX, gira alrededor de las preguntas: ¿somos los alemanes históricamente culpables? ¿Se puede hablar de responsabilidad colectiva y, si la hubo, hasta dónde alcanza? ¿Cómo pudimos llegar en este país a los extremos a los que llegamos? ¿Qué sombra proyecta el hitlerismo sobre la Historia de Alemania, y cómo evitar que la mancha del pasado se perpetúe y nos señale con el índice acusador en la conciencia de las demás naciones? Alemania, especialmente la ex Alemania Federal, justo es decirlo, intenta asumir el pasado; en cambio, la que fue la Alemania del Este, así como Austria y Polonia, en buena parte siguen barriendo su pasado genocida bajo la alfombra. Muchos escritores, como el alemán Günter Grass y el austríaco Thomas Bernhard, ya fallecido, por su marcado sentido crítico se sienten o se sentían alienados en su patria.

Veamos la diversidad de los libros que rememoran vivencias. A veces uno se abstiene de juzgar el valor literario ante las atrocidades del relato: así los recuerdos de Giuliana Tedeschi (*Hay un lugar en la tierra*),¹⁰ de Léon Arditti (*Querer vivir*)¹¹ y varias docenas más, obras algunas de las cuales el autor de estas páginas sólo conoce por reseñas.

El interés del volumen de Violeta Friedmann, *Mis memorias*,¹² no radica para nosotros solamente en el hecho de que fuera la única superviviente judía de un campo de concentración que ha escrito en España (y subrayo aquí lo de judía, porque existen libros que narran las experiencias de republicanos españoles en los campos, como veremos más adelante, algunos escritos en catalán como la novela y las poesías de Amat-Piniella, las memorias de Jacint Carrió, o en francés, como los libros de Semprún y de Michel del Castillo). Violeta, desde que se concienció de su obligación de contar los hechos para rebatir a los revisionistas, jamás rehusó dar una conferencia o dejarse entrevistar en la televisión, pese a la precaria salud con la que salió de los campos como adolescente, hacía ya cuarenta años.

9. I. Kertész: *Sin destino*, Plaza y Janés/Círculo de Lectores, Barcelona, 1996.

10. G. Tedeschi: *Hay un punto en la tierra (Una mujer en el Lager de Birkenau)*, Letranúmero, Madrid, 1996.

11. L. Arditti: *Vouloir vivre. Deux frères à Auschwitz*, L'Harmattan, París, 1995.

12. V. Friedmann: *Mis memorias*, Planeta, Barcelona, 1995.

Violeta Friedmann era de las personas que nunca quisieron recordar y contar lo vivido, ni siquiera leer o saber de aquella época, y reprimió sus vivencias durante cuatro décadas. Parte de su libro lo escribió entre 1974 y 1975 a instancias de un psiquiatra, pero no fue hasta principios de 1985 que decidió hablar e intervenir en la vida pública, a raíz de dos hechos: la película *Los niños del Brasil*, basada en la novela de Ira Levin e inspirada en la figura del Dr. Mendele, al que ella conoció en Auschwitz, y, lo que fue más decisivo, una entrevista en la Televisión Española a Léon Degrelle, el famoso criminal de guerra belga condenado a muerte en rebeldía en su propia patria, un personaje con una sonrisa siniestra y cínica y cuyas declaraciones produjeron al que esto escribe un malestar que le duró días. Violeta Friedman, una desconocida señora particular residente en Madrid, entabló juicio contra Degrelle, al que el Gobierno de Franco había facilitado la residencia en España, legalmente e incluso con apellidos españoles. Tras perder reiteradamente la causa a diversos niveles judiciales, incluido el Tribunal Supremo, el Constitucional le dio la razón a Violeta, sentando un precedente histórico en España, cuyo largo alcance no podemos comentar aquí. La lenta concienciación y el pleito contra Léon Degrelle dan a *Mis Memorias* un valor particular.

El hecho propiamente dicho de los campos de concentración a veces sólo ocupa un capítulo o una parte en el conjunto de una obra; así pasa con algunos citados, *Mis Memorias*, de Friedmann, *Tanguy*, de Michel del Castillo¹³ o las *Evocaciones 1940-41* tituladas *Mi travesía de los Pirineos*, de Lisa Fittko,¹⁴ referentes al Vel d'Hiver de París y al campo de Gurs. Lo mismo puede decirse de *Seguir viviendo*, de Ruth Klüger,¹⁵ pero no cabe duda de que todas aquellas experiencias tiñen de un modo u otro todas las páginas de los libros respectivos, como marcan las existencias de los supervivientes para el resto de sus días.

Hablemos ahora de los libros autobiográficos que sí nacen con la ambición de crear obras duraderas de literatura. Tenemos grandes nombres y cada uno con numerosos libros. Elie Wiesel, nacido en Sighet, Rumania, novelista que escribe indistintamente en lengua francesa e inglesa, desde su primerizo *La noche* (1958)¹⁶ hasta sus más recientes memorias *Todos los torrentes van a la mar* (1994),¹⁷ es también un hombre marcado, quizá no tanto por las experiencias de los campos de concentración, como por la pérdida de su familia y de todo el mundo ortodoxo-jasídico del Este europeo, cuya existencia el Holocausto ha borrado para siempre. Un nostálgico del Talmud, de la Kabbalá y del jasidismo, sufrido y desengañado que, sin embargo, asume siempre que se lo piden un papel público en defensa de los valores humanos: de ahí su Premio Nobel de la Paz (1986). Su dolorida figura constituye un testimonio viviente y su presencia por doquier sirve de recordatorio.

Jorge Semprún, republicano español que sobrevivió Buchenwald con 22 años, fue militante y luego dirigente del Partido Comunista Español en la clandestinidad, hasta su decepción que culmina en 1964. Escritor con numerosos premios, guionista de películas de Alain Resnais y Costa-Gavras, fue ministro de Cultura de uno de los Gobiernos de Felipe González entre 1988 y 1991. Dentro de su abundante obra literaria, escrita casi toda en francés, y dedicada en parte a su vida política —novelas en buena medida autobiográficas, ensayos—, cuatro libros suyos se basan en sus estremecedoras vivencias como deportado en calidad de enemigo político del nazismo. Terrible e inolvidable es *El largo viaje* (1963),¹⁸ seguido por *Aquel domingo* (1980) y los

13. M. del Castillo: *Tanguy*, Luis de Caralt, Barcelona, 1959.

14. L. Fittko: *Mi travesía de los Pirineos - Evocaciones 1940-1941*, Muchnik, Barcelona, 1988.

15. R. Klüger: *Seguir viviendo*, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Barcelona, 1998.

16. E. Wiesel: *La noche*, Muchnik, Barcelona, 1975.

17. E. Wiesel: *Todos los torrentes van a la mar*, Anaya & Mario Muchnik, Madrid, 1996.

18. J. Semprún: *El largo viaje*, Seix-Barral, Barcelona, 1994. *Aquel domingo* Seix-Barral, 1989; *La escritura o la vida*, 1995; *Viviré con su nombre, morirá con el mío*, Tusquets, Barcelona, 2001.

definitivos *La escritura o la vida* (1994) y *Viviré con su nombre, morirá con el mío* (2001), este último publicado a los 78 años.

En cuanto a los libros de Primo Levi, *Si esto es un hombre* (1958), *La tregua* (1963), *Los hundidos y los salvados* (1986),¹⁹ son de lo mejor que se ha escrito —sobre todo el primero y el último de los citados— sobre los campos, las víctimas, los victimarios y los que participaron a la vez de ambas condiciones, los que él coloca en lo que llama «la zona gris», mencionada anteriormente.²⁰ No menos interesantes son sus *Entrevistas y conversaciones*, editadas por Marco Belpoliti (1997).²¹ Sus reflexiones van mucho más allá de lo autobiográfico: cuando uno lee a los filósofos, se ruboriza pensando ¿qué saben éstos de la condición humana? Hay que leer a Primo Levi. Era químico de profesión, lo que, según los comentaristas, influiría en la seriedad y precisión de sus análisis.

Cada uno de estos tres autores, Wiesel, Semprún y Primo Levi, merece un amplio estudio. Da cierto rubor despachar sus obras, hondas y complejas, con un solo párrafo, como quien cumple un trámite. Pero hemos de seguir.

Un tipo de autobiografía que no consideramos como tal, porque ha sido escrito no desde la distancia sino, por decirlo así, al momento, es el diario. Sólo el Instituto Yad Vashem, de Jerusalén, dispone de un centenar largo de ellos, la gran mayoría sin editar.

Destaquemos aquí el diario de la neerlandesa Etty Hillesum, *Une vie bouleversée (Journal 1941-1943)*,²² seguido de *Lettres de Westerbork*, traducidas del original holandés, textos que no aparecieron impresos, en Holanda y en Francia, hasta los años ochenta. El diario llevado bajo la ocupación alemana y las cartas desde el campo de concentración holandés de Westerbork forman un todo unitario, a través del cual conocemos las circunstancias pero también las profundas meditaciones de la autora, persona a la vez activa y meditabunda, entregada a los demás en grado sumo, y en especial a Dios, con unas experiencias y sobre todo una voluntad que la acercan al misticismo. Paradójicamente, formaba parte de un *Judenrat*, lo que no le impidió compartir voluntariamente la suerte de los suyos, habiendo fallecido en Auschwitz en 1943, con 29 años de edad.

Detallamos a continuación otros géneros, modalidades o enfoques de referencia.

Viktor E. Frankl, psiquiatra austriaco, utilizó sus experiencias, referidas y analizadas en *Un psicólogo en un campo de concentración* (1946), para su estudio *Conceptos básicos de la logoterapia*, ciencia de la que fue fundador. La logoterapia, frente a las escuelas freudiana y adleriana, afirma la necesidad humana de autorrealización, con un propósito vital y la aspiración a una finalidad. Basándose en la observación de sus compañeros de cautiverio en Auschwitz y otros campos, concluyó que «el preso que había perdido su fe en el futuro —su futuro— estaba condenado a morir. Con la pérdida de su confianza en el mañana, perdía también su sostén espiritual; se dejaba ir y acababa irremediabilmente en un decaimiento mental y físico». Reunió los dos libros mencionados en *El hombre en busca de sentido* (1964),²³ una primera parte de vivencias y meditaciones, y una segunda de conclusiones que llevan a la mencionada psicoterapia existencial.

Simón Wiesenthal, arquitecto de origen checo, superviviente de varios campos, entre ellos Buchenwald y Mauthausen, ya nonagenario, es autor de numerosos libros traducidos a más de veinte idiomas, entre ellos *Los asesinos están entre nosotros* (1967),²⁴

19. P. Levi: *Si esto es un hombre. La tregua. Los hundidos y los salvados*. Las tres obras, que para muchos críticos forman una trilogía, en Muchnik, Barcelona, años 1987, 1997 y 1989, respectivamente.

20. P. Levi: *Los hundidos y los salvados*, especialmente cap. II. *Grey Zone* es también una reciente película sobrecogedora de Tim Blake Nelson, basada en Levi, en una obra de teatro del mismo título, estrenada en Broadway en 1996, y en las *Memorias* de Miklós Nyiszli, patólogo judío húngaro que en Auschwitz se convirtió en el brazo derecho del Dr. Mengele.

21. P. Levi: *Entrevistas y conversaciones*, Belpoliti, Marco, editor. Península, Barcelona, 1998.

22. E. Hillesum: *Une vie bouleversée, suivi de Lettres de Westerbork*, Du Seuil, París, 1981. (Traducción en Anthropos.)

23. V. Frankl: *El hombre en busca de sentido*, Herder, Barcelona, 1995.

24. S. Wiesenthal: *Los asesinos están entre nosotros*, Noguer, Barcelona, 1967.

Los límites del perdón, que incluye *El girasol* y un simposio sobre *Dilemas éticos y racionales de una decisión*,²⁵ así como sus memorias tituladas *Justicia, no venganza*. Wiesenthal recibió algunos de los más prestigiosos premios por su labor humanitaria en Holanda, Italia, Israel, Estados Unidos (Medalla de oro del Congreso y del Senado), etc. En uno de sus libros narra un emotivo caso vivido por él mismo, en el transcurso de sus investigaciones sobre nazis culpables, camuflados al término de la Segunda Guerra Mundial, a los que ha perseguido incansable por los cinco continentes, para llevarlos a juicio. El libro mencionado se llama *El Holocausto y una historia de amor*.²⁶ El título original alemán, como también el de la versión cinematográfica, es el menos comercial de *Max und Helen* (1981).

Peter Weiss fue pintor, dramaturgo, escritor y productor de cine. De padre judío, nació cerca de Berlín y sobrevivió exiliado, cuatro años en Praga y en Inglaterra, para recabar en 1939 en Estocolmo, donde murió en 1982. Es conocido sobre todo por su obra teatral *Marat-Sade*. En *Informes*²⁷ (1948) habla de Auschwitz como del lugar que le estaba destinado y que visita «veinte años más tarde». *La indagación*²⁸ (1965), «oratorio» en once cantos, con música de Luigi Nono, utiliza los protocolos del juicio de Francfort de los criminales nazis responsables de las atrocidades y asesinatos de Auschwitz; es una pieza teatral sin movimiento escénico que trata de hacer reflexionar y no emocionar, a la manera de las piezas didácticas de Bertolt Brecht. «Muestra el asesinato como posibilidad permanente, y el hecho histórico con sus condicionantes políticos, sociales y económicos, que a la vez constituye un ocaso dantesco», escribe sobre la obra una enciclopedia literaria alemana.²⁹

Por supuesto, cada libro es distinto y cada uno tiene algo de común con los restantes, si otra cosa no, los interrogantes.

Imre Kertész, superviviente de Auschwitz a los 16 años y primer húngaro que consigue el Premio Nobel de Literatura, crea en *Sin destino* (1975)³⁰ la psicología de un adolescente que encuentra natural cuanto pasa y que aprende todos los trucos para la supervivencia. Entre cínico y jocoso, el protagonista protege con ese caparazón una sensibilidad nada consciente, labrándose una indiferencia para poder seguir adelante en un mundo en el que, según él, no hay nada que comprender. Distancia que es un artificio literario que muchos no han entendido, ni mucho menos aprobado. Violeta Friedmann, que sólo conocía el libro por referencias, llegó a creer que *Sin destino* era obra de un no judío que lo tomaba todo «a chacota». En realidad, Kertész es un hombre atormentado, como demuestran sus restantes libros: dos se consideran continuación y forman una especie de tríptico con *Sin destino*, como vida posterior de un hombre que arrastra las experiencias de su niñez: *Fracaso* (1988) y *Kaddish por el hijo no nacido*³¹ (1989) —el hijo que se negó a tener, por no condenar a la vida a una criatura en un mundo como éste. El protagonista paga un alto precio por su decisión: la destrucción de su felicidad conyugal y el consiguiente fin de su matrimonio.

Retomando un tema mencionado páginas atrás, Kertész logró su fama y una serie de premios no en su patria, a la que volvió al término de la guerra, sino en Alemania. Literatura de la buena, y a la altura de las meditaciones de Primo Levi, son sus artículos y discursos, diez de ellos recogidos en un tomo suyo de ensayos, *Un instante de silencio*

25. S. Wiesenthal: *Los límites del perdón*, Paidós, Barcelona, 1998.

26. S. Wiesenthal: *El Holocausto y una historia de amor*, Gedisa-Emecé, Buenos Aires, 1982.

27. P. Weiss: *Informes*, Alianza/Lumen, Madrid, 1974.

28. P. Weiss: *La indagación*, Grijalbo y Círculo de Lectores, Barcelona, 1972.

29. *Autorenlexikon deutschsprachiger Literatur des 20. Jahrhunderts*, de Manfred Braunek, Rowolt, Hamburgo, 1984. p. 633.

30. I. Kertész: *Sin destino*, Plaza y Janés/Círculo de Lectores, Barcelona, 1996.

31. I. Kertész: *Fracaso. Kaddish por el hijo no nacido*. Ambos en *El Acantilado*, Barcelona, 2003 y 2002, respectivamente.

en *el paredón*, subtítulo *El Holocausto como cultura (1990-1998)*.³² Entre estos textos destacaríamos el llamado «Discurso de Hamburgo» (1995).

Seguimos con el campo de la narrativa. Hay autores que escriben libros de ficción, en los que las vivencias personales sólo les sirven para crear personajes y pintar el entorno. Otros que nunca tuvieron tales vivencias, novelan historias porque les atrae el tema. A partir de aquí ya la autoría pasa al dominio de la literatura universal, con escritores, dramaturgos, poetas que dedican su arte ocasionalmente al tema de la persecución nazi con el prójimo judío como protagonista. A menudo la obra ya no permite distinguir si el autor es judío o si pertenece a otra confesión.

Entre las obras de ficción está *El último Justo*³³ (Premio Goncourt, 1959), de André Schwarz-Bart, de gran éxito en su día, aunque discutido en algunos medios judíos por cierto sentido de martirio buscado como expiación, y en solidaridad con unos niños desvalidos, que tal crítica purista atribuye a influencias cristianas. Como si Janusz Korczak,³⁴ personaje real y para nosotros uno de los más admirables de la historia, no hubiera acompañado a una muerte horrorosa, en las cámaras de gas de Treblinka, a doscientos niños a su cargo del orfanato de Varsovia, y de un modo igualmente voluntario.

Nos parece injustamente olvidada *Treblinka*, de Jean-François Steiner, que en su día (1966) despertó una virulenta controversia a la vez que, por el talento narrativo del autor, se vendió como un *best-seller*. Steiner, entonces de 28 años, hijo de un judío asesinado y de una madre cristiana convertida al judaísmo, ex paracaidista en la guerra de Argelia, entrevistó a supervivientes, recogió documentación y escribió un relato estremecedor, que el lector devora pese a su horror por su técnica de aparente distancia y frialdad. Aunque en su segunda parte la novela refiere la sublevación, J.-F. Steiner no ahorra episodios que ciertamente no honran a los judíos. Hoy sabemos que eran muchos los judíos que para salvarse colaboraron con las autoridades de los campos y de los ghettos, a veces mostrándose brutales con tal de adquirir «méritos»; Steiner fue de los primeros que tocaron este tema doloroso con honradez. Simone de Beauvoir escribió un esclarecedor prefacio al libro y Jean Améry lo defendió en un largo artículo del que sacamos el siguiente párrafo: «*Treblinka* desvela el mecanismo de la deshumanización con mayor precisión y objetividad que ningún otro libro sobre campos de concentración. La idea fundamental de los alemanes, diabólica, de dar a cada judío (y también a cada preso no judío) una aparente esperanza y con ella otorgarle la oportunidad de convertirse en un canalla —eso, Steiner que no estuvo «allí», lo ha comprendido mejor que ningún testigo ocular».³⁵

La novela del israelí Yoram Kaniuk, en hebreo *Adán, hijo de perro*³⁶ (1968), traducida a algunos idiomas con el título de *Adán resucitado*, transcurre en un sanatorio del desierto del Néguev. Un antaño famoso payaso de Berlín, rebajado por el comandante de un campo de concentración a la categoría de perro que comparte la vasija de otro perro, y mantenido vivo para entretener a las otras víctimas, nunca supera sus traumas. Bajo extrañas circunstancias se convierte, ya en Israel, en visionario, profeta embustero y rey de los locos. Teñido de un humor incómodo, se trata una novela impresionante que capta al lector como algunas lecturas de Kafka.

En España son algunos catalanes los que, en su idioma, escribieron novelas o estudios sobre campos de concentración. Joaquim Amat-Piniella y Maria Àngels Anglada fueron poetas y narradores a la vez, aunque aquí se acaban las semejanzas. Joaquim

32. I. Kertész: *Un instante de silencio en el paredón*, Herder, Barcelona, 1999.

33. A. Schwarz-Bart: *El último justo*, Seix-Barral, Barcelona, 1959.

34. Janusz Korczak (1878-1942), médico judío polaco, psicólogo, pedagogo, escritor.

35. J.-F. Steiner: *Treblinka*, Plaza y Janés, Barcelona, 1967, Círculo de Lectores, 1969. J. Améry: «wie eine Herde von Schafen» («como una manada de borregos»), en *Weltwoche*, Zurich, 13-05-1966.

36. Y. Kaniuk: *Adam Hundesohn*, DTV, München-Wien, 1989.



Discurso de Goebbels tras una de las quemas

Amat-Piniella (1913-1974) relató los horrores vividos en diversos campos en la novela *K.L. Reich* y en *Les llunyanyies —poemes de l'exili*³⁷ (*Las lejanías*). Escribió *K.L. Reich*, de vuelta de los campos, en 1945-1946, en Sant Julià de Lòria (Andorra) por temor de regresar a España. No pudo publicar la obra hasta 1963 y, aun entonces, incompleta y traducida al castellano. La edición íntegra catalana no apareció hasta 2001. Un libro que sin cargar las tintas no ahorra nada al lector; en este sentido y en algunos otros recuerda a *La especie humana* de Robert Antelme³⁸ (1947). Amat-Piniella estuvo preso en Mauthausen y otros campos desde 1940 hasta su liberación por las tropas norteamericanas en 1945: cinco años. Antelme, miembro de la Resistencia francesa, fue detenido por la Gestapo en 1944 y sobrevivió Buchenwald, Gandersheim y Dachau.

Volviendo a Amat-Piniella, 71 poesías suyas fueron publicadas por David Serrano en 2000, en su mayoría escritas en el *Lager Tarnberg*, en Mauthausen y en Redl Zipf. «Documento relevante de las inquietudes y reflexiones de un hombre, comprometido y sensible, convertido en testimonio y símbolo de la voluntad de mantenimiento de la vida y la dignidad estrictamente humanista en un campo de concentración: paradigma de la capacidad de destrucción y autodestrucción del Hombre», escribió Serrano en un número monográfico que la revista *Quadern*³⁹ dedicó al Holocausto (junio 2000). A nosotros nos ha llamado la atención el reiterado deseo de venganza expresado, a perpetrar una vez que cambiaran las tornas, cosa que no se encuentra en los libros escritos por judíos, una diferencia fundamental a la hora de distinguir la psicología de los presos políticos, luchadores e ideológicamente concienciados, de la de los judíos, que se hallaban en los campos de la noche a la mañana sin saber por qué, y desesperanzados, pues sabían que sus familiares más débiles, los niños, las personas algo mayores y, por supuesto, los ancianos ya habían sido exterminados al llegar, como tampoco podían tener mucha confianza en la supervivencia de sus cónyuges, de los que habían sido separados. Al preso político lo esperaban en su casa, el judío no tenía hogar al que volver.

37. J. Amat-Piniella: *K.L. Reich*, Edicions 62, Barcelona, 2001; *Les llunyanyies. Poemes de l'exili (1940-1946)*, Columna, Barcelona, 1999.

38. R. Antelme: *La especie humana*, Arena Libros, Madrid, 2001.

39. *Quadern* (Sabadell, junio 2000), n.º 126, p. 98.

M. Àngels Anglada, poeta, narradora y helenista (1930-1999), se atrevió con un tema tan difícil como es el campo de exterminio, en *El violí d'Auschwitz*⁴⁰ (*El violín de Auschwitz*, 1994), historia de un *luthier* que sobrevive gracias a su maestría de construir instrumentos de cuerda: vivirá mientras fabrique un violín para uno de sus verdugos. La novela ha sido traducida del catalán a diversos idiomas europeos. (A este respecto cabe recordar la autobiografía *Violinista en Auschwitz - Destino de un superviviente judío de Salónica, 1941-1967*,⁴¹ de Jacques Stroumsa, que Anglada desconocía. Más lejano, sí, podría estar el recuerdo de Fania Fénelon y el serial televisivo que se basó en las memorias de esta superviviente, *Tregua para la orquesta*.⁴² Por supuesto, ignoramos si la autora catalana había visto esta adaptación norteamericana del relato de la violinista.) En *El violí d'Auschwitz*, Anglada intercala documentos auténticos, sacados del libro de Reimund Schnabel, *Poder sin moral - Historia de las SS*, ya citado.

En un libro de siete narraciones, la que da nombre al volumen es *El ángel*, un relato que se basa en una historia real que le fue referida a la autora por un superviviente de Mauthausen. El protagonista, ya de regreso del campo, se ha convertido en un ser «insociable, solitario, sin reflejos inteligentes, amargado», debido al trauma de la experiencia. Anglada siempre fue sensible a las persecuciones, uno de sus libros más notables es el *Quadern d'Aram*,⁴³ sobre el genocidio armenio.

La novelista y periodista Montserrat Roig (1946-1991) escribió el primer libro, y el más conocido, sobre los internos españoles —en este caso catalanes— deportados a los *Lager*, *Els catalans als camps nazis*⁴⁴ (1977), «reportaje histórico» cuya edición castellana, publicada al año siguiente, lleva el nombre de *Noche y Niebla - Los catalanes en los campos nazis*. (El nombre de *Noche y niebla* no procede del célebre documental de Alain Resnais, sino de la ópera *El oro del Rhin*, de Wagner.) Con ocasión del décimo aniversario de la muerte de M. Roig se publicó también una antología de 22 artículos periodísticos suyos sobre el Holocausto, que vieron la luz en el lapso de veinte años (1972-1991), unos en catalán, otros en castellano. Se reproducen en sus idiomas originales en edición de la Amical de Mauthausen, con el título de *La lucha contra el olvido - Escritos sobre la deportación*.⁴⁵

Ya nos acercamos hacia el final de esta especie de inventario selectivo que por la abundancia de nombres puede haber resultado fatigoso. Veamos a algunos más de los poetas. Son muchos, en diferentes idiomas, aquellos en cuya obra el Holocausto ha dejado una huella. Seguramente por la dificultad de las traducciones poéticas y por su menor difusión, es el campo menos tratado por los estudiosos. Pero sería imperdonable no citar aquí como mínimo media docena de nombres: a la enfermera de niños, interna en Theresienstadt, Ilse Weber, que escribió sus poemas, sencillos, descriptivos y compasivos, y murió deportada a Treblinka; a los húngaros Miklós Radnóti y János Pilinszki; a dos poetas hebreos, supervivientes del Holocausto, Abba Kovner (1918-1987) y Dan Pagis (1930-1986). Y finalmente, a Celan.

Miklós Radnóti,⁴⁶ ya famoso en Hungría antes de la guerra, cumplía como judío el tristemente famoso servicio militar de trabajos forzados, una especie de campo de concentración, a menudo ambulante, cuyos integrantes morían a miles por los malos tra-

40. M.^a A. Anglada: *El violín de Auschwitz*, Alfaguara, Madrid, 1997.

41. J. Stroumsa: *Elegí la vida. Violinista en Auschwitz*, Sin edit., Caracas, 1997.

42. F. Fénelon: *Tregua para orquesta*, Barcelona, Noguer, 1981.

43. M.^a A. Anglada: *Quadern d'Aram*, Empúries, Barcelona, 1998.

44. M. Roig: *Els catalans als camps nazis*, Edicions 62, 1977; y *Noche y niebla. Los catalanes en los campos nazis*, Península, Barcelona, 1978.

45. M. Roig: *La lluita contra l'oblit-La lucha contra el olvido. Escritos sobre la deportación*, Amical de Mauthausen, Barcelona, 2001.

46. M. Radnóti: *Összes versei (Poesías completas)*, Szépirodalmi, Budapest, 1994.

tos, el hambre, el frío o sencillamente asesinados a golpes de fusil o a tiros. Radnóti estuvo sirviendo en Bor, Yugoslavia, luego los nazis en su huida llevaban a sus presos a pie, azuzados, por la Hungría cisdanubiana hacia Austria. Antes de llegar a la frontera, él y sus compañeros, famélicos y exhaustos, fueron fusilados (noviembre de 1944). Radnóti tenía 35 años. Exhumado su cadáver en 1946, se encontró una libreta con más poesías en uno de sus bolsillos. Sus temas fueron el amor, la naturaleza, la rebelión contra la marcha del mundo y el perpetuo presentimiento de su temprana muerte.

János Pilinszky⁴⁷ (1921-1981) era católico, tanto de educación como de convicciones, cercano al misticismo y buscador de Dios, como Simone Weil, a la que, por cierto, dedicó un poema. Las experiencias que determinaron su poesía fueron la Segunda Guerra Mundial y los campos de concentración que él no vivió como interno, sino como soldado húngaro, destacado hacia Alemania en 1944. Fue testigo de horrores que llamó «el escándalo metafísico que mancha a toda la humanidad». Su poesía es escueta, granítica, con Ravensbrück al fondo, como en el poema «El prisionero francés», que describe de un modo lacerante el hambre de un prisionero fugitivo que, antes de ser descubierto, busca algo de comer entre la basura, imagen y mirada que persiguieron al poeta siempre. De una colección llamada *Para la pared de un campo de concentración*, es su poesía «Al tercer día», ocho versos —el último de ellos en latín— que unen la madrugada de Ravensbrück al consuelo cristiano de la resurrección de Cristo.

Y la trágica voz de Paul Celan (seudónimo de Paul Antschel), uno de los poetas más celebrados y difíciles del siglo en el área lingüística alemana, nacido en la Bucovina de una familia germanoparlante de tradición jasídica. Tras la deportación de sus padres que no sobrevivieron y la suya propia, residió en Bucarest y Viena, pero ya en 1948 se estableció en París —que llamó su cautiverio babilónico—, donde tras diversos estudios ejerció como traductor y lector en la École Normale Supérieure. Escribía poesía desde 1933. En 1960 ganó el Premio Büchner en Alemania. Sus poesías, según decía, «nacieron de las desesperaciones», pues nunca superó el trauma del perseguido. Puso fin a su vida en las aguas del Sena, en París, en 1970. Son incontables los alemanes que se saben de memoria su *Todesfuge* (*Fuga de muerte*, entendiendo fuga en su sentido musical), vertida al castellano, entre otras, por las voces de José Ángel Valente y J.L. Reina Palazón.⁴⁸

Para terminar con esta exposición habría que añadir nombres de investigadores y de libros de historia y de ensayo, pues desde Herodoto y Jenofonte, y por supuesto el Pentateuco, la Historia es un género hermanado con la narrativa. (Mommsen y Churchill obtuvieron el Nobel de Literatura con obras que pertenecen al género histórico.) Entre los innumerables libros de estudio sobre el tema del Holocausto que merecen destacarse, entresacamos casi al azar el de Léon Poliakov y Josef Wulf, *El Tercer Reich y los judíos - Documentos y estudios* (1956), así como *Auschwitz* (1965), este último de Léon Poliakov solo,⁴⁹ y los capítulos 7, 8 y 10 de *Los campos de muerte. Cien años de deportación y exterminio*, de Joël Kotek y Pierre Rigoulot.⁵⁰

Como documentos, dos de un corresponsal de *La Vanguardia* en Londres durante la Segunda Guerra Mundial, testigo impagable, Carles Sentís. Fue llevado por el Foreign Office a Dachau, tres o cuatro días después de que este campo fuese liberado por los aliados, junto a otros dos periodistas españoles, para que contaran en la prensa hispana lo que hubiesen visto. Publicó el horror de esa inesperada experiencia en *La Vanguardia* en pleno 1945, antes de que el régimen franquista impusiera su censura sobre los campos de concentración. De Carles Sentís son recomendables «Alemania y sus campos

47. J. Pilinszky: *Összegyűjtött versei* (Antología poética.) Budapest.

48. P. Celan: *Obras completas*, Trotta, Madrid, 1999.

49. L. Poliakov: *Auschwitz-Documentos y testimonios del genocidio nazi*, Occidente, Barcelona, 1965.

50. J. Kotek y P. Rigoulot: *Los campos de muerte - Cien años de deportación y exterminio*, Salvat, Barcelona, 2001.

de concentración», contenido en *La paz vista desde Londres*, libro editado en pleno 1945. También cubrió el Proceso de Nuremberg: ya con 85 años publicó *El Procés de Nuremberg viscut per Carles Sentís*⁵¹ (*El proceso de Núremberg vivido por Carles Sentís*, 1995).

Un libro que no es de historia, sino de análisis: *Más allá de la culpa y la expiación*,⁵² de Jean Améry (1912-1978), seudónimo del escritor y crítico vienés Hans Mayer. Deportado, escapa del campo de Gurs (Francia) y se une a la resistencia en Bélgica. Arrestado de nuevo en 1943, es internado en Auschwitz, y liberado en Bergen-Belsen en abril de 1945. *Más allá de la culpa y la expiación* en su versión de 1977 lleva el subtítulo de *Tentativas de superación de una víctima de la violencia*, cosa que lamentablemente no logró. Lo demuestra su fin: como Celan y Primo Levi, se quitó la vida décadas después de su liberación. Nunca creyó que el mal tuviera ni sentido ni explicación. En su prólogo a la edición de 1966, escribe Améry: «Creo que esta obra, como diagnóstico, se sitúa más allá de la culpa y de la expiación. En ella se describe cómo se sufre la violencia, eso es todo». Diagnóstico que no obvia experiencias personales como el horror de la tortura.

Finalmente, un libro mencionado al principio de estas páginas, *La historia desgarrada*, del italiano, profesor de Ciencias Políticas en la Universidad francesa de Amiens,⁵³ Enzo Traverso. Subtitulado *Ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales*, el libro de Traverso (1997) estudia cómo reaccionaron los intelectuales ante el hecho del exterminio entre los años cuarenta y la década de los setenta. Un curioso itinerario del pensamiento que va de la incredulidad a considerar el Holocausto un terrible y muy masivo episodio en la milenaria historia de las habituales persecuciones de los judíos —que sólo atañe a éstos—, hasta empezar a ver en él un algo distinto en esencia, pero todavía siempre dentro de la historia del pueblo judío. Se tarda en llegar a un punto en el que la eliminación de una minoría, decidida por un Estado, unida a las posibilidades que da la tecnología —desde los gases mortíferos hasta utilización de las bombas atómicas—, hace que los genocidios sean vistos bajo otra luz: algo que afecta a nuestra visión de toda la humanidad y lleva a mostrar al género humano y sus posibilidades futuras bajo la luz más siniestra, con todo el progreso moral en entredicho.

El libro empieza por lo que Traverso llama las voces de alarma: Max Weber, Franz Kafka y Walter Benjamin. Sigue con la sorprendente ceguera de Sastre; la lucidez —a veces discutible— de Hannah Arendt, Günther Anders, Adorno; la poesía de la destrucción en Celan; los análisis de Dwight MacDonal, Jean Améry y Primo Levi; para acabar con un fascinante estudio de la racionalidad y la barbarie, y de lo que Traverso llama *la ruptura de la civilización* tal como se entendía esta última a partir de la época de las Luces, algo que desafía la inteligibilidad. Auschwitz no como una recaída, sino como una posibilidad renovable. Cuando dice que el Estado está en el origen de todos los genocidios del siglo XX, no se puede dejar de pensar, entre muchos otros, en el régimen chino, el serbio, el norcoreano y tantos africanos poscoloniales. No dominar, sino eliminar.

Por supuesto, la lectura de Traverso debe entenderse como una indagación monográfica y no dispensa la lectura de los ensayistas o historiadores citados, a los que cabría añadir a Bruno Bettelheim, Finkelkraut, Goldhagen, G. Jackson, Lanzmann, C. Vidal, E. Pons Prades y muchos otros.

Para terminar, un intento mínimo de clasificación que a la vez puede servir de recapitulación. Si repasamos las obras citadas, las podemos encuadrar, de primera intención, en diferentes grupos:

51. C. Sentís: *La paz vista desde Londres*, Rosas, 1945, pp. 43-92; *El procés de Nuremberg viscut per* La Campana, Barcelona, 1995.

52. J. Améry: *Más allá de la culpa y la expiación. Tentativas de superación de una víctima de la violencia*. Pre-Textos, Paterna (Valencia), 2001, «La tortura», pp. 81-108.

53. E. Traverso, véase nota 7.

1. Diarios, memorias y autobiografías. En unas lo relativo al Holocausto ocupa toda la obra, en otras solamente una parte.

Las memorias se pueden dividir en varios subgrupos: las que están escritas por supervivientes sin pretensiones literarias, con la intención de dar fe de lo vivido de una forma lineal; las que se sitúan deliberadamente en el campo de la literatura, uniendo su sentido del deber histórico a la ambición de crear una obra de arte. Podría estudiarse cuáles siguen el orden cronológico de los hechos, y cuáles reconstruyen el pasado desde una actualidad cuyas circunstancias también se describen, unas veces con el objeto de servir de contraste y de contrapeso, otras indicando qué asociaciones de ideas de la vida cotidiana actual hacen aflorar los recuerdos del pasado, una técnica que podría denominarse como de saltos diacrónicos. *La escritura o la vida* de Semprún pertenece a esta categoría.

Hay memorias, entre las cuales las de Primo Levi figuran en primer plano, que analizan los hechos, las situaciones, la psicología, como sólo un hombre de ciencia o quizás un filósofo riguroso en su método es capaz de hacer. Son autobiográficas, pero están a un paso de los libros de ensayo. Conforman otra categoría que nosotros designaríamos con el nombre de memorias analíticas, de reflexión y de estudio.

La literatura más propiamente comparada, en este caso de investigación, podría confrontar situaciones idénticas para ver de qué modo los describen los autores. Como, por ejemplo, cotejar dos o más fragmentos sobre la llegada a los campos y la consiguiente selección de los recién llegados, unos sentenciados a morir inmediatamente, otros sentenciados a sobrevivir un tiempo casi siempre limitado. En un simposio Mihály Dés comparó el terrible momento de la selección según la describen Elie Wiesel e Imre Kertész. Se podrían hacer estudios comparativos semejantes sobre qué tipo de separación familiar se produce; por ejemplo, padres que para salvar a sus hijos los mandan a esconderse en casa de vecinos, de conocidos, de antiguas criadas, o aceptan su acogida clandestina en conventos, o los envían al bosque, sea para ocultarse, sea para unirse a los partisanos. ¿Cómo reaccionan los niños, los padres, en el momento de su deportación? Luego sobre el viaje, el momento de la bajada a los andenes, el reparto de la ropa, las primeras conversaciones en los barracones, la descripción de los kapos, la impresión producida al conocer el internado reciente la noticia de que el olor nauseabundo procede de las chimeneas de los crematorios y es olor a carne humana, etc. Cómo reacciona el preso: ¿acepta el hecho? ¿Prefiere no oír, no saber, o sencillamente negar que eso sea verdad? Así sucesivamente hasta los reencuentros: el silencio forzoso del que no puede hablar, contar lo vivido, al menos en los primeros días o meses —parece que fue lo más frecuente—, los que se sienten impulsados a hablar sin cesar, los que insultan a sus oyentes porque ven que no les creen, hasta aquellos familiares o amigos que prefieren no preguntar, como Violeta Friedmann que nunca, durante decenios, preguntó a su hermana a qué campo había ido a parar, ni cuál fue su suerte: le bastaba con haberla reencontrado, única superviviente de su familia. Quizá los que no preguntan, no lo hacen para no ser a su vez interrogados.

2. Textos que toman los campos, y por extensión el Holocausto, como tema de inspiración literaria, sea como novela, como obra de teatro, o como poesía, e incluso como guión cinematográfico que es otro género literario, y hasta como libreto de una ópera o de un poema sinfónico coral (Schönberg, Penderecki). Puede haber una ficción literaria, con o sin intriga. Esa ficción puede ser obra de autores personalmente implicados, de la misma generación y que recogieron datos de testigos personales; puede ser de descendientes de supervivientes o de personas ya de generaciones posteriores a los hechos, como puede ser obra del todo imaginativa, sin investigaciones previas. Los autores o son originarios de las naciones o ámbitos idiomáticos donde los hechos tuvieron lugar, o bien pertenecen, cada vez con mayor frecuencia, a países o continentes ajenos a los acontecimientos.

Otro tipo de análisis debería indagar sobre el motivo por el que el autor se decide a escribir. El dar testimonio, el contrarrestar a los revisionistas, el aplicar una terapia para superar lo vivido, ya que una vez contado quizá se pueda «archivar», etc. No faltarán los profesionales de *best-sellers* que escriben para ganar dinero.

Hay autores que escriben para venerar la memoria de los gentiles que calladamente hicieron el bien. En estos momentos el número de los Justos de las Naciones, del Instituto Yad Vashem de Jerusalén, ya pasa de los catorce mil, y ¿cuántos debe de haber de cuyas heroicas acciones o sacrificios no sabremos jamás? Recordarlos es un deber de justicia y a la vez infunde ánimos: su ejemplo será para siempre una luz en las tinieblas.

3. Estudios históricos. Son muy abundantes y los hay de diversos tipos. Expositivos, analíticos, críticos, histórico-filosóficos, álbumes ilustrados, catálogos de museos, etc. Un apartado que no tiene como origen la escritura forman los testimonios personales recogidos de la memoria oral, como los trabajos del Instituto Yad Vashem que graba decenas de miles de rememoraciones personales en cintas, o los de la Fundación Spielberg, de Los Ángeles, de medios mucho más abundantes y que realiza la misma labor, pero filmada en vídeos. Estos relatos, una vez mecanografiados, nuevamente se convierten en literatura.

Las exposiciones sobre el Holocausto pueden generar libros, como en España el catálogo de «Un día al ghetto de Varsovia»,⁵⁴ muestra importada de Israel a Gerona y que luego se expuso en Sabadell y Córdoba, o la exposición «Només fa 50 anys»⁵⁵ («Sólo hace 50 años») de la Generalitat Valenciana sobre la Segunda Guerra Mundial, con su vasto libro-catálogo, una parte del cual está dedicada al «exterminio de la diferencia».

En resumen, la tarea es inmensa. Ya pasado el umbral del siglo XXI podemos afirmar que el Holocausto ha creado una nueva literatura, cuyo interés no hará sino acrecentarse, y el genocidio perpetrado por los nazis será tema permanente en el futuro como nunca dejaron de ser otros espantosos episodios históricos como Numancia, la sublevación de Espartaco, las Cruzadas, la peste negra, la Inquisición, la Noche de San Bartolomé o el Terror de la Revolución Francesa. Ojalá los textos que tratan de aquellos años terribles se lean no sólo por lo que tengan de informativo, entretenido o bello, sino porque descubran su sentido ético, edificante, un mensaje de advertencia y prevención que —desgraciadamente— no va a perder actualidad. Como escribió Jean Améry en uno de sus pocos textos optimistas (1966): «Todavía aliento la esperanza de que este trabajo sirva a una buena causa: entonces podría concernir a todos aquellos que no renuncian a su condición de prójimos».⁵⁶

54. *Un dia al ghetto de Varsòvia*, Caixa de Girona, 1995.

55. *Només fa 50 anys*, Generalitat Valenciana, Conselleria de Cultura, 1995.

56. J. Améry: *op. cit.*, p. 49.